

La experiencia religiosa

(En el *Rep. Amer.* 2da. edición, corregida)

Por el refinamiento de los sentimientos mediante el cultivo de las artes, mediante las emociones de belleza y de sublimidad, el amor de la naturaleza, la admiración, la piedad, se alcanza y se aprovecha tanto como con la religión misma que, en el fondo, no es otra cosa que el amor de Dios, manifestado en todas las cosas de la Naturaleza.

Amar a Dios en las cosas y los hombres, o amar las cosas bellas sintiendo que la causa de su belleza es suprema, producen en la conciencia del hombre conmovedores efectos semejantes. De allí que todos los artistas, religiosos, místicos, o no, conciben la naturaleza y sus fuerzas y espectáculos de una manera trascendente.

La poesía es el manantial de todas las religiones; es la reveladora de la infinita belleza del Universo y de la más sutil sabiduría accesible a las inteligencias humanas.

El santo que jamás recibió la influencia de las artes ni de las letras, encendido en el amor de Dios, vive en un mundo de extraordinaria belleza, para expresar la cual hace uso, sin saberlo bien, del lenguaje más poético, de la más recóndita sabiduría.

En las etapas terminales de la cultura se disfruta de un contento permanente del alma, de una felicidad que proviene de la armonía que resulta en nuestro interior del acuerdo de la imaginación con los sentidos y con la divina inteligencia inmanente en todo cuanto existe.

Por la vía de la cultura, como refinamiento de todo nuestro ser, se alcanza a todas las alturas de la religión, pues que la intensa cultura espiritual enciende el fuego iluminante de la fe. La fe como visión trascendente; no la fe sin visión que llamamos fe ciega en un dogma o en una autoridad. La fe, como el amor, nace y florece y se mantiene en la libertad. La fe y el amor hacen nugatoria toda autoridad; porque se hace por amor, como por fe, cuanto una autoridad no se atrevería a ordenar. La fe vidente del santo confirma la escritura del poeta, del profeta, del salmista, del místico de todas las edades; porque el misticismo es la ciencia experimental de todas las religiones. De allí su perfecto acuerdo.

Los místicos de todas las religiones, como los astrónomos de todos los observatorios, ven unas mismas constelaciones y la aparición de unos mismos cometas. Las explicaciones teóricas pueden diferir, especialmente a causa del empleo de diversa terminología, no así la afirmación de su visión. Dice Allán el sufí, Brahman el yogui, Dios dice el santo y Jehovah canta el

profeta; mas ante su esplendor, el éxtasis es el mismo. En las alturas de la experiencia mística no existe el conflicto. Porque ese divino esplendor funde todos los dogmas y todas las doctrinas que son apenas las humanas tentativas de interpretación de divinas experiencias que, trascendiendo nuestra inteligencia, no encuentran en ella formas adecuadas para vaciar su contenido de océano sin orillas.

Carácter peculiar de la cultura espiritual es la instantánea apreciación de los valores relativos, lo cual permite al hombre que la posee el disfrute de los valores eternos. Entre ellos, el más alto, el sentimiento del amor divino, que muy luego se revela en el amor de todos esos otros valores eternos con que se disimula la presencia de Dios en las cosas y los hombres. Esa es la visita de las augustas presencias celestes en nuestra alma. Y nos asombra que en eso que creíamos tan pequeña como nuestro ser interior haya tenido cabida ese torrente de luz que nos ha iluminado repentinamente el Universo, que nos ha inundado de amor por todos y por todo.

Más tarde, cuando pensamos acerca de tal experiencia, se nos aclara aquel mandamiento de "amar a Dios sobre todas las cosas", y advertimos que no es un mandamiento, sino la más imperativa de todas las necesidades, la felicidad de todas las felicidades, la beatitud extática por excelencia. La cultura ha devenido amor; la filosofía se nos hace venero de la sabiduría del amor. Se nos encienden en fuego de vida las escrituras de todos los pueblos. El amor del prójimo ya no es tampoco un mandamiento, sino imposibilidad de no amarlo; porque él es también nosotros, pues que no hay en cuanto nos rodea otra celeste cosa que Dios, que Amor, que Beatitud, porque todo esto es El, y es Uno.

Y las corrientes de sentimiento religioso fluyen por el centro de los Evangelios, así como por el centro de los himnos de Ikhnaton en el Egipto, o de Orfeo en Jonia, o de David en Palestina, por entre los *Diálogos* de Platón, la cuarta *Egloga* de Virgilio, las *Floreillas* de San Francisco de Asís. Corrientes que murmuran por entre las inocentes margaritas de la *Imitación* de Kempis, por entre la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz o la *Vida* de Santa Teresa; que se oyen en Goethe y en Blake, en Emerson, Wordsworth y Whitman, A.E., Carpenter, Dostoievski. Se escuchan en Gibrán, en Tagore, en Khayan, en Tennyson, en tantos más.

En los dominios del dogma, la religión se intelectualiza y se transforma en Teología. La religión natural es el agua viva que refresca, reju-

venece todas las biblias conocidas, y será el agua viva de todas las que vendrán.

La religión y la poesía manan de una misma fuente. Poéticas son las expresiones de las verdades eternas, si bien cambiantes para mejor servir su función iluminadora. Verdad que nos deslumbra y ciega no es para nosotros todavía. Tal es la razón del cambiar de las verdades eternas.

Y poéticos son sus dogmas también. Es poética la Inmaculada Concepción de la Virgen, cuyo símbolo es antiquísimo. La Virgen María fue hija de Ana. Este nombre, derivado por los hebreos del caldeo, significa Cielo, Firmamento, Luz Invisible. María, como la Maya de los Vedas, es la Virgen Materia de todas las formas presentes, idas y por venir. Es el mismo símbolo de la Virgen Isis, con su Dios Niño en los brazos, Horus, nacido el 25 de diciembre, como todos los dioses-niños que simbolizan el Sol, entonces en el solsticio de invierno. De suerte que el hombre culto, por el solo encanto alegórico y trascendente del dogma puede admirarlo y admitirlo, como admira y admite la profunda enseñanza del mito de Prometeo, robador del fuego divino. Sólo que su cultura le hace sensible a estas supremas verdades en todas las religiones de los hombres. Porque en tanto que el creyente se confina a sí mismo, el hombre espiritualmente culto expande su conciencia para abarcar la verdad infinita que constituye la sustancia divina de todas las grandes religiones del mundo.

R. BRENES MESÉN

La hora de definirse

(Editorial de *La Crónica*, Lima, 26 de enero, 1942).

Pero mientras vemos que ya el Perú y el Uruguay tomaron la delantera, después de la resolución de Río de Janeiro, en la ruptura de relaciones diplomáticas con el Eje, poniéndose de hecho al lado de las naciones que desde los primeros instantes de la traicionera agresión japonesa a los Estados Unidos rompieron con él unas y otras le declararon la guerra, quedan países envueltos en la nebulosa de un incierto paso que no se sabe cuando querrán darlo ni las condiciones en que por fin querrán arriarse a hacerlo.

Lo que más sorpresa ha tenido que causar a la opinión pública del Nuevo Mundo es que naciones que templaron su afirmación democrática al fuego de la revolución emancipadora, ahora parecen ir de muy mal grado a engrosar las filas de todas las repúblicas que no han reparado en ninguna clase de peligros ni amenazas de los enemigos de América para cumplir con sus deberes primordiales. Buscando en el rodeo o en una aparente legalidad que no se coordina con el momento grave que vivimos, diríase que quieren salvar el cuerpo a los acontecimientos y encerrarse en sus torres de marfil para esperar allí el desarrollo de una nueva etapa de la política internacional americana. ¿Cómo explicar esta conducta que acusa cierto egoísmo nacionalista cuando no un viraje favorable a las maquinaciones del Eje que América no puede consentir ni aceptar por propio instinto de conservación si no fuera que los pactos son sagrados y se debe hacer honor a ellos conjunta y resueltamente?

Estados Unidos a la cabeza, México, Brasil, Cuba, Venezuela, Colombia, el Perú, Uruguay, las naciones centroamericanas, no han titubeado en promover una nueva etapa en la

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA